

# **¿Camaleón o legendario?**

*Christiane Nord*

## **¿Camaleón o legendario?**

La identidad cultural y profesional del traductor y cómo se desarrolla en la formación

### **Consideraciones preliminares**

Hay dos opiniones estereotípicas sobre la traducción que parecen inextirpables. Una dice que traducir es una capacidad innata, como se puede observar en los niños que crecen bilingües y que hacen de intermediarios espontáneos entre la niñera francesa y la madre anglófona, empleando los dos idiomas correcta y adecuadamente. Y la otra sostiene que cualquiera que domina dos lenguas y dispone de un buen diccionario sabe traducir.

Acerca de la primera opinión se puede decir que lo de los niños bilingües es efectivamente cierto, pero no se trata de traducción (o, más exactamente; de interpretación) sino del uso alternativo de dos idiomas en situaciones similares o parecidas. Esto se puede comprobar en el momento en que estos niños empiezan a estudiar la gramática de una de las dos lenguas en clase y aprenden a adoptar una meta-perspectiva sobre los idiomas, perspectiva imprescindible para la traducción. Entonces “traducen” las estructuras de un sistema lingüístico a otro, y es bien sabido que tal procedimiento lleva a interferencias que no deben aparecer en una traducción profesional.

La segunda opinión también se puede refutar empleando el ejemplo de los bilingües. Aunque estos sepan utilizar ambos idiomas correcta e idiomáticamente en cada situación, muchas veces fracasan en la traducción, a no ser que reciban una formación fundada de traductor(a).

Y hay una tercera experiencia que puede echar luz sobre este fenómeno. Personas que han adquirido una buena competencia traductora a base de uno o dos pares de lenguas y culturas (en lo que sigue hablaré de “linguoculturas”), pueden transferir esta competencia, en cuanto dominen las linguoculturas correspondientes, a otros pares de idiomas. Es decir, no hace falta que aprendan una nueva competencia traductora.

Estas experiencias nos demuestran que la competencia traductora es una competencia específica que se desarrolla —al menos hasta cierto grado— independientemente de las competencias linguoculturales, lo que significa que la competencia traductora no consiste en una determinada cantidad de conocimientos estáticos, sino que se trata de una manera de manejar conocimientos, empleándolos en la solución de determinados problemas.

## ¿Qué es lo que necesita la práctica profesional?

En un congreso internacional sobre el tema de la calidad traductora celebrado hace algunos años en Leipzig, Alemania, tanto los representantes de la práctica profesional como los “teóricos” —es decir, los docentes e investigadores procedentes de los centros universitarios de formación de traductores— discutían las posibilidades y procedimientos del control de calidad en el ámbito de la traducción. Cada lado presentó su lista de competencias que deberían enseñarse en una formación que produzca buenos traductores profesionales.

Los de la “práctica” (que incluía a los traductores autónomos y empleados y a sus clientes y empleadores) enfatizaron que un buen traductor posee las siguientes características:

- Domina perfectamente todos los registros de su propio idioma y de por lo menos una lengua y cultura extranjera.
- Está versado en cualquier disciplina (desde las ciencias empresariales y el derecho hasta informática, medicina, literatura o incluso teología) o sabe dónde buscar la información que les falte.
- Es también terminólogo/a.
- Tiene una competencia excelente de transferencia y mediación lingüística y cultural.
- Es capaz de revisar o mejorar traducciones imperfectas (propias o ajenas).
- Maneja todo tipo de herramientas electrónicas y tradicionales (incluyendo el más reciente sistema de memoria) y se adapta fácilmente a nuevas versiones de software.
- Sabe gestionar proyectos de traducción.
- resiste el estrés y se ajusta flexiblemente a las demandas cada vez más exigentes de la profesión, sin contentarse con algo inferior a la perfección absoluta.
- Es fiel al texto de partida y leal para con sus clientes; y se compromete a una estricta ética profesional.
- Se integra perfectamente en un equipo o ejerce de líder, según sea necesario.
- Sabe tomar decisiones rápidas y eficaces, convenciendo a los demás de seguirlos sin imponerse sobre ellos.
- Y un largo etcétera.

Respecto a la eterna cuestión de si la práctica prefiere generalistas (es decir, traductores formados que se familiarizan rápida y eficazmente con cualquier tema) o especialistas (es decir, expertos de las diversas disciplinas que se han formado, como traductos - o bien en centro universitario o de manera autodidacta - como traductores) los prácticos no estaban de acuerdo; parece que hay demanda para ambos tipos de profesionales.

## ¿Camaleón o barquero?

Mirando esta larga lista de requisitos, que de ningún modo es exhaustiva, podríamos llegar a la conclusión de que el traductor es una especie de camaleón que se adapta perfectamente a su entorno para mantenerse lo más invisible posible. Anthony Pym (Pym 1996: 338), en cambio, enunció la pregunta provocadora de si el funcionalismo traductológico considera a los traductores como legionarios expertos, dispuestos y capaces de luchar bajo la bandera de cualquiera que les pague. Otros piensan incluso que un traductor no es más que un dispositivo mecánico, una especie de “convertidor”, que ‘cambia la índole de una corriente comunicativa y la adapta a diferentes usos’ (si se me permite citar, ajustándola a nuestro contexto, la definición que nos da Manuel Seco en DEA 1999), y de aquí hay sólo un paso hasta hacer al traductor humano totalmente obsoleto, sustituyéndolo por algún programa de software, que hace el trabajo mucho más rápido aunque quizás con menos elegancia. Sin embargo, y para nuestro bien y el de los estudiantes a los que formamos para la profesión, el desarrollo de la traducción automática en los últimos cuatro decenios demuestra que su uso es (y probablemente siempre será) bastante limitado. Y es precisamente por eso que tenemos que reflexionar un poco sobre la identidad profesional y cultural de los traductores, que es más que meramente competencia.

Otra metáfora que se suele mencionar para describir el papel del traductor (curiosamente no el del intérprete) es la del servidor fiel a su dueño, o a la “voz de su amo”. Tengo una experiencia propia al respecto. Cuando se publicó la nueva traducción alemana del Nuevo Testamento, en la que colaboramos mi marido, Klaus Berger, y yo (Berger y Nord 1999), un crítico-teólogo la reseñó en un prestigioso diario alemán, en el que escribió que “un traductor que no traduce literalmente pretende ser ‘dueño de la palabra’ en vez de ‘servidor de la palabra’. Es la obligación del traductor ser fiel a las palabras, estructuras y sonidos del original.” (Schuler, 1999, traducción mía). Lo que el autor no sabía, porque obviamente no se había dignado a leer el prólogo a nuestra traducción, era que nosotros teníamos una idea bastante distinta de la identidad de un traductor, idea esta que quizás quede mejor definida mediante otra metáfora, también muy famosa al menos en el ámbito germanoparlante y que fue acuñada hace 250 años por el investigador de la lengua y cultura alemana, Jakob Grimm (Grimm, 1847, en Störig 1963). Grimm comparó al traductor con un barquero:

“Traducir” es *trans-ducir*, llevar un barco a la otra orilla, *traducere navem*. Quien tiene ganas de navegar y puede tripular un barco y llevarlo, con velas desplegadas, a la costa de allende, tiene que arribar, inevitablemente, donde hay otra tierra y sopla otro viento. (en traducción mía,

algo distinta de la de Miguel Angel Vega: *Textos clásicos de teoría de la traducción*, 255)<sup>1</sup>.

Por supuesto, el traductor es el barquero, el barco lleva el mensaje, y la tierra y el viento son las condiciones en las cuales se recibe el mensaje en la cultura meta, donde hay un público nuevo que quiere entenderlo. Entender algo significa que nos parece tener sentido, que concuerda con lo que sabemos acerca del mundo, de nuestra cultura y de la situación en la que nos estamos comunicando, y que podemos asignarle una función comunicativa. Decimos que nos divierte, o que aprendemos algo nuevo, o que nos cuenta algo sobre los sentimientos de otra persona.

Al mirar el mismo proceso desde el otro lado, es decir desde donde ha partido el barquero, podemos decir que alguien que encarga un transporte de un lado del mar al otro quiere que el flete, la carga, llegue a su destino sin daño alguno. Se espera que el barquero conozca las corrientes y los bajíos de las aguas que va a cruzar así como la tierra y los vientos del país adonde piensa llegar. Para estar seguro de que el flete llegará al puerto en condiciones óptimas también le hacen falta conocimientos de las tierras y los vientos del país de partida, puesto que pueden haber influido sobre el embalaje de los productos. Solo así puede juzgar cuáles de las características del envase se deben a la cultura de partida (y por eso deben ajustarse a las condiciones del país de llegada) y cuáles forman parte de la esencia que ha de ser “tra-ducida” para los receptores meta.

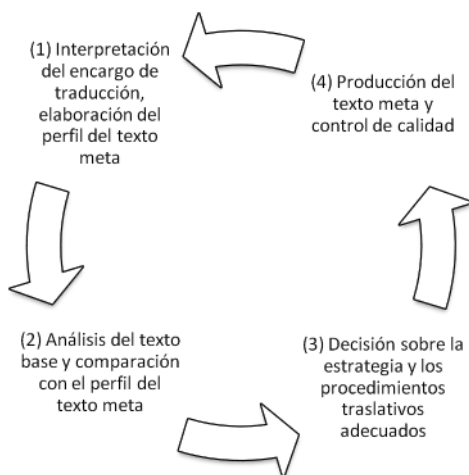
Pero aquí se acaban las analogías. Los barqueros no suelen desembalar los productos que llevan y re-embalarlos en el camino o al llegar al puerto de destino. Por lo tanto, esta metáfora tampoco nos proporciona una imagen adecuada de la identidad del traductor. Desde una perspectiva funcional, yo defino la traducción como una actividad con propósito y al traductor como mediador de una comunicación intencional entre miembros de culturas distintas. Así, el traductor es una persona que actúa para lograr un propósito comunicativo determinado, es decir: un agente funcional.

## **El proceso traslativo desde una perspectiva funcional**

Si miramos el proceso traslativo de esta manera, el traductor lo inicia interpretando el encargo de traducción que ha recibido del cliente. Este encargo (idealmente) define lo que llamamos “el perfil del texto meta”, es decir, indica los propósitos comunicativos para los que se necesita la traducción. Si el encargo –lo que suele ser el caso normal en la práctica profesional– no es muy explícito, el traductor lo interpreta, a base de la si-

1- “Uebersetzen ist ‘uebersetzen, traducere navem. Wer nun, zur seefahrt aufgelegt, ein schif beman- nen und mit vollem segel an das gestade jenseits führen kann, musz dennoch landen, wo andrer boden ist und andre luft streicht.” En Störig (ed.), 1963.

tuación traslativa, o quizás incluso pide más informaciones al cliente, porque cuanto más sabe sobre el público destinatario, el momento y el lugar de recepción, etcétera, tanto mejor estará preparado para producir una traducción que efectivamente cumpla los requisitos del encargo y satisfaga las necesidades del cliente. Esto no significa que sea el cliente el que nos dice cómo traducir porque esto le incumbe únicamente al propio traductor, que tiene la competencia y la responsabilidad de hacerlo.



Esquema 1: El proceso traslativo funcional

Después de interpretar el encargo, el traductor compara el resultado de su interpretación con el material ofrecido por el texto base, y a base de esta comparación se decide por una estrategia traslativa adecuada. Empleando su competencia mediadora y su creatividad, luego pone esta estrategia en práctica, produciendo un texto meta que cumpla las finalidades deseadas, lo que se controlará, en una última fase de evaluación, a base del mismo encargo de traducción. Este proceso incluye cualquier cambio en las formulaciones, el estilo o incluso la macroestructura del texto base que el traductor estime necesarios para cumplir con el encargo.

## La competencia traductora

Desde un punto de vista funcional, la competencia traductora se compone de los conocimientos, las destrezas y las disposiciones personales siguientes:

- Destrezas: (a) Análisis del encargo de traducción y elaboración del perfil del texto meta, (b) análisis pre-traslativo del texto base y comparación con el perfil del texto meta, (c) producción de un texto meta que

cumpla los requisitos del encargo, y *(d)* control de calidad y, en su caso, revisión;

- Conocimientos: *(a)* Conocimientos profesionales necesarios para la interpretación del encargo, *(b)* conocimientos linguoculturales en la cultura base para el análisis del texto base, *(c)* conocimientos traductológicos para la selección de la estrategia traslativa, y *(d)* conocimientos linguoculturales de la cultura meta para la producción del texto meta;
- Habilidades generales: *(a)* Capacidad de abstracción para la comparación del texto base con el perfil del texto meta, *(b)* capacidad de decidirse por una u otra estrategia de traducción, *(c)* creatividad (linguocultural) para la producción del texto meta, y *(d)* capacidad de juzgar la calidad de un producto propio o ajeno.

## Ética profesional

El principio básico de la teoría del escopo es que “el fin traslativo justifica el método de traducción”, y esto nos suena bastante a “el fin justifica los medios, como en efecto, describen Reiss y Vermeer en el axioma fundamental de la teoría del escopo (Reiss y Vermeer 1984). Si esto fuera lo que significa la traducción funcional, la gama de finalidades posibles no tendría límites, y el texto base podría ser manipulado hasta la medida que cualquier cliente o traductor considerara oportuna. En una teoría general, como lo pretende ser la teoría del escopo, tal principio puede ser aceptable porque una teoría general no tiene por qué ser directamente aplicable. Sin embargo, la práctica de traducción no se realiza en un vacío sino en situaciones específicas ubicadas en culturas específicas, y por lo tanto cualquier aplicación de la teoría general, sea en la práctica o en la formación de profesionales, tiene que tomar en consideración las condiciones culturales en las que se traduce un determinado texto.

Podemos constatar que todos los agentes involucrados en un proceso de traducción pertenecen o bien a la cultura base, o bien a la cultura meta. El traductor es el único entre ellos que, por definición, es experto en las dos culturas, mientras que los otros participantes, al menos esquemáticamente, no tienen más que un conocimiento superficial o incluso estereotípico de la cultura que no es la suya. Por lo tanto, la interacción entre el traductor y los otros participantes debe basarse en la confianza mutua, que le confiere al traductor una responsabilidad enorme de no desengañar ni mucho menos engañar, a los otros.

Esta responsabilidad es lo que llamo lealtad. El principio de lealtad limita la gama de posibles propósitos traslativos, y obliga al traductor a mantenerse leal frente a las personas con las que interactúa, incluyendo a sí mismo.

Como categoría **interpersonal**, que se refiere a una relación social entre personas, la lealtad puede reemplazar la categoría **intertextual** de la fidelidad, que suele referirse a una relación de similitud o analogía lingüístico-estilística entre dos textos, independiente de las intenciones y/o expectativas de las personas involucradas. Si los autores pueden estar seguros de que el traductor respeta sus intereses o sus intenciones comunicativas, puede ser que incluso consientan que adopte los cambios o adaptaciones necesarios para que la traducción funcione en la cultura meta. Y si los clientes y receptores pueden confiar en que el traductor también considerará las suyas, pueden incluso aceptar una traducción que sea distinta de lo que habían esperado. Esta confianza, a su vez, aumentará el prestigio social del traductor como mediador responsable y fiable.

## **La formación de traductores funcionales**

¿Qué significa esto para la formación de traductores profesionales? La formación tiene que desarrollar todas las competencias, destrezas, capacidades y actitudes éticas necesarias para que el traductor se convierta en un “mediador profesional y leal” entre las culturas, para que constituya un colaborador fiable de las otras personas involucradas en la interacción. Las palabras clave son responsabilidad y colaboración. Los servidores no son responsables de sus actos, y tampoco colaboran con sus amos. “Servir no suele ser compatible con un ego bien desarrollado”, dice Paul Kussmaul (Kussmaul, 1995: 32). Sin embargo, un traductor que quiere ser un colaborador responsable que negocia con sus clientes, necesita autoconfianza y una identidad estable, y estas nacen de un comportamiento profesional y eficaz.

Para la formación de traductores funcionales propongo los siguientes principios básicos.

Si la enseñanza de traducción se inicia antes de que los alumnos hayan adquirido un nivel adecuado de conocimientos en sus lenguas y culturas de trabajo, la clase de traducción degenera en clase de idiomas, sin que los alumnos y los profesores se den cuenta de ello; y los estudiantes llegarán a la conclusión de que traducir significa “luchar con la lengua” (Smith y Klein-Braley 1985). Centrarán su atención en las dificultades y los problemas lingüísticos, perdiendo de vista los aspectos pragmático-culturales y éticos de la traducción.

Para fomentar la autoconfianza en los futuros traductores, la competencia traslativa ha de enseñarse de manera sistemática y en una progresión didáctica lenta pero continua. La formación podría dividirse en varias fases:

- Una fase preparativa, en la que se desarrolla la competencia lingüístico-cultural y meta-comunicativa.



- Una fase básica, en la que se desarrolla una competencia traslativa pasiva mediante ejercicios, tales como análisis de textos y discursos, traducción intralingual (es decir, reformulación de textos en la misma lengua para otros fines u otras audiencias; tanto en la lengua materna como en la extranjera), análisis contrastivo de textos o de segmentos textuales, comparación y crítica de traducciones existentes, etcétera.

- Una fase avanzada, en la que se desarrolla una competencia traslativa activa en una progresión didáctica adecuada. En esta fase, las tareas deberían ser lo más realistas posible, siendo cada tarea acompañada por un encargo de traducción que especifique las expectativas del profesor acerca del producto, tanto en lo que se refiere al grado de perfección deseado, como en lo que se refiere a la adecuación para ciertos públicos destinatarios y ciertas finalidades.

Los alumnos deben aprender a trabajar en equipo, adoptando distintos roles, como el de cliente, revisor, asesor cultural, terminólogo... y con proyectos de más envergadura, posiblemente fuera del aula, empleando todas las herramientas de la profesión y con plazos concretos.

Hay que animar a los alumnos a reflexionar sobre sus quehaceres y a justificar las soluciones elegidas. Los métodos y estrategias disponibles, que se aprenden en la clase de traductología, forman parte de la competencia profesional del traductor, y esta, a su vez, es la base para la lealtad y la confianza entre todos los que colaboran en una interacción mediadora.

## Conclusiones

Según el enfoque funcional, el traductor es un mediador cultural que actúa como agente responsable. Sus actividades se caracterizan por el profesionalismo y por una actitud ética de lealtad frente a las otras personas involucradas en el proceso de comunicación intercultural. Aunque pertenece o bien a la cultura base, o bien a la cultura meta, el traductor sabe identificar los “puntos ricos” entre las dos culturas –donde los comportamientos preferidos por los miembros de una determinada pareja de culturas son tan divergentes que pueden causar conflictos o, incluso, el colapso total de la comunicación– y encuentra un medio de solucionar problemas interculturales sin parcialidad por uno u otro lado. De esta manera, el funcionalismo puede contribuir a que el estatus del traductor ya no sea el de un servidor, sino el de un colaborador responsable y fiable en una interacción traslativa.

---

## Referencias bibliográficas

- BERGER, KLAUS/NORD, CHRISTIANE (1999): *Das Neue Testament und frühchristliche Schriften*. Frankfurt/Main: Insel Verlag.
- DEA (1999): *Diccionario del Español Actual*, dir. Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos, Madrid: Aguilar.
- GRIMM, JAKOB (1847): «Wueber das pedantische in der deutschen sprache». Störig, H. J. (dir.) *Das Problem des Übersetzens*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft 1963, 108-135.
- KUSSMAUL, PAUL (1995): *Training the Translator*, Amsterdam, Benjamins.
- PYM, ANTHONY (1996): Material Text Transfer as a Key to the Purposes of Translation. A. Neubert/G. Shreve/K. Gommlich (eds.) *Basic Issues in Translation Studies. Proceedings of the Fifth International Conference Kent Forum on Translation Studies II*. Kent/Ohio: Institute of Applied Linguistics, 337-346.
- REISS, KATHARINA Y VERMEER, HANS J. (1984): *Grundlegung einer allgemeinen Translationstheorie*, Tubinga, Niemeyer.
- SCHULER, CHRISTIAN (1999): “Am Anfang ist nicht mehr das Wort”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* 30-11-99.
- SMITH, VERONICA/KLEIN-BRALEY, CHRISTINE (1985): *In other Words. Arbeitsbuch Übersetzung*, Munich, Hueber.
- VEGA, MIGUEL ANGEL (1994): *Textos clásicos de teoría de la traducción*. Madrid: Cátedra.